

¡DIOS ESTÁ SIENDO JUZGADO POR LA HUMANIDAD!

Suena un poco extraño cuando se expresa así. Sin embargo, es una realidad. Por supuesto, que la humanidad juzgue a Dios es una situación desesperada en el mejor de los casos. Incluso si alguien decide que Dios está equivocado, ¿qué puede hacer al respecto? Me recuerda a un póster que tenía. Decía lo siguiente: «*Hay dos factores fundamentales para la iluminación humana. (1) Dios existe. (2) Tú no eres Dios*». La conclusión es que, aunque decidas erróneamente que Dios no es justo, el hecho es que Él sigue siendo Dios y tú no. Sin embargo, la humanidad se ha preguntado constantemente: «¿Por qué permite Dios el mal en el mundo? Si realmente nos ama, no permitiría que sucedieran cosas tan horribles a personas inocentes». Como Dios permite esto, la gente a menudo se pregunta además: «¿Quién es Dios para juzgarnos? ¿Es justo?».

En última instancia, la gente juzga a Dios declarando que no es bueno ni justo. Irónicamente, los que lo juzgan no son ni de lejos tan buenos ni justos como Él. Dios nos ama tanto que Él mismo sufrió y murió en una cruz para que pudiéramos estar con Él en un lugar donde no hay más lágrimas ni dolor (Juan 3:16, Hechos 20:28, Apocalipsis 21:4).

Hace mucho tiempo, la gente juzgó a Dios y decidió crucificar al responsable de muchos milagros. Jesús sanó a la gente y enseñó sobre el amor, y aun así fue condenado a muerte. ¡Qué injusticia! Jesús no tenía pecado y fue sometido a un juicio falso, burlado, golpeado y torturado. Sin embargo, Dios no nos da a ninguno de nosotros lo que merecemos; si lo hiciera, TODOS estaríamos en el infierno ahora mismo. Cada momento que una persona pasa fuera del infierno es un ejemplo de la pura gracia de Dios. ¿Qué nos hace pensar que Dios nos debe algo?

La persona que sufre la pérdida de un ser querido o los efectos a largo plazo de algún trauma físico o emocional severo no encuentra una respuesta satisfactoria que le reconforte. Creo que las personas en esas situaciones necesitan un abrazo mucho más que una lección de teología. No necesariamente quieren una respuesta, incluso cuando la piden. Más bien, lo que suelen buscar es consuelo o que se deshaga el mal que creen que se ha hecho.

Recuerdo que me enfadé con Dios cuando murió mi madre. Sentía que debería haberla dejado vivir lo suficiente para que ella lo aceptara. Estaba de pie sobre un árbol caído gritándole a Dios. Lo irónico de todo es que, varios meses antes, había rezado para que ese árbol se cayera porque necesitaba un puente. Había pedido permiso al propietario para cortarlo y poder cruzar el arroyo hasta mi casa. Me dijo que no y que quizá debería irme a casa y rezar por ello. Recé y el árbol se levantó con las raíces, cayó sobre el arroyo justo donde lo necesitaba y no se rompió por la mitad. Mientras estaba de pie sobre este árbol gritándole a Dios, estas palabras me llegaron con tanta fuerza y claridad. No podrían haber sido más claras, ni siquiera si las hubiera oído: «Aunque ella me rechazara, ¿es eso motivo para que tú también lo hagas?». ¡Eso puso fin a mi pequeña rabieta!

Me recuerda a *I Never Promised You a Rose Garden*, una canción escrita por Joe South y que se hizo famosa gracias a la cantante de country Lynn Anderson. A veces, el jardín de rosas no es más que espinas y malas hierbas. Todas las rosas parecen estar muertas, y ha hecho un frío glacial, con un cielo gris y sin esperanza de que salga el sol. Las estaciones pasan sin que haya ningún cambio a mejor. Parece que, tan pronto como empezamos a recuperarnos, la vida nos golpea contra el suelo, nos da una patada en los dientes y se ríe de nosotros. No parece importar que estemos siguiendo al Señor lo mejor que podemos. Podemos intentar consolarnos recordándonos que Job sufrió pruebas y que el mismo Jesús fue crucificado. Pero cuando nos comparamos con cualquier persona de la Biblia, nos encontramos a nosotros mismos con carencias. Nos juzgamos y nos desesperamos. «Dios disciplina a los que ama» (Hebreos 12: 6); ¿quizás nos lo merecemos? Por otra parte, se aconseja «considerar todo esto como un gozo cuando entréis en diversas pruebas» (Santiago 1:2), porque tales experiencias «producen paciencia». Estas no son palabras realmente reconfortantes cuando te estás ahogando en un mar de desesperanza. Claro, puedes centrarte en el hecho de que hay personas que están peor que tú, pero ¿qué consuelo te da eso? ¿Debemos encontrar consuelo en el hecho de que algunos parecen sufrir más que nosotros? Eso parece cruel. Más bien, sentimos lástima por aquellos a quienes no podemos ayudar porque ni siquiera somos capaces de ayudarnos a nosotros mismos.

Dios no nos ha prometido una vida sin dolor. De hecho, se nos promete una vida de dificultades

(Job 5:6-8, Juan 15:19 y 16:33, 2 Timoteo 3:12, Hechos 14:22). La primera persona asesinada en la historia de la humanidad fue Abel, ¡y era el justo en quien se complacía el Señor! Todos los discípulos de Jesús fueron martirizados por su fe, excepto Juan, que fue exiliado a Patmos. Pablo, incluso antes de ser decapitado, no tuvo una vida fácil y sirvió a Dios lo mejor que pudo.

2 Corintios 11:23-28: «¿Son ellos siervos de Cristo? (Hablo como un loco) Yo lo soy más; en mucho más trabajo, en mucho más encarcelamientos, en azotes sin número, en peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos treinta y nueve azotes. Tres veces fui golpeado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, pasé una noche y un día en lo profundo del mar. He estado en frecuentes viajes, en peligros de ríos, peligros de ladrones,

peligros de mis compatriotas, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; he estado en trabajo y fatiga, en muchas noches sin dormir, en hambre y sed, a menudo sin comida, en frío y desnudez. Además de estas cosas externas, tengo cada día la presión de mi preocupación por todas las iglesias.

La mayoría de nosotros no podemos decir que hayamos sufrido tanto como el apóstol Pablo, ni que hayamos servido al Señor con tanta diligencia. Entonces, ¿dónde está la justicia en eso? ¿Cómo pudo Pablo mantener una actitud de alabanza? ¿Era estúpido, loco o qué?

Muchos hombres de Dios en la Biblia alababan y adoraban al Señor a pesar del sufrimiento porque entendían su naturaleza y el resultado final. La perspectiva de Dios a menudo difiere significativamente de la de la mayoría de las personas.

Muchas cosas en esta vida no parecen justas. Podemos preguntarnos por qué Dios permite que algunos tengan bendiciones increíbles, mientras que parece que cada paso de otros está maldito. ¿Podría ser que después de esta vida todo se compense totalmente? La Biblia nos habla de recompensas celestiales. ¿Podría ser que estas recompensas eternas compensen los terribles sufrimientos de este mundo? ¿Pueden los retrasados mentales de esta vida ser más bendecidos que los intelectuales dotados? ¿Pueden los pobres y los indigentes ser más bendecidos que los ricos? ¿Se compensan en la vida venidera las desventajas que tenemos en esta vida? ¿Nos sorprendería realmente que Dios recompense a algunos más que a otros en el cielo? Sí, las recompensas variarán en el cielo. (Corintios 3:10-15).

Los castigos en el infierno también varían. ¿De qué otra manera podrían algunos recibir una mayor condenación o castigo que otros? (Mateo 23: 14, Marcos 12: 40, Lucas 20: 47)

Demos un breve paseo por algunas Escrituras para encontrar algunas respuestas. En primer lugar, veremos la miopía de nuestro cuestionamiento a Dios. A continuación, pasaremos a explicar por qué debemos lidiar con el mal. Por último, y lo más importante, veremos la forma radicalmente diferente en que Dios ve las cosas.

Isaías 64:8: «Pero ahora, oh Señor, tú eres nuestro padre, nosotros somos el barro, y tú nuestro alfarero; y todos nosotros somos obra de tus manos».

Jeremías 18:1-10: «La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: «Levántate y baja a la casa del alfarero, y allí te anunciaré mis palabras». Entonces bajé a la casa del alfarero, y allí estaba él, haciendo algo en el torno. Pero la vasija que él estaba haciendo con el barro se estropeó en la mano del alfarero, y él la volvió a hacer otra vasija, como le pareció bien al alfarero. Entonces vino a mí la palabra del Señor, diciendo: “¿No puedo yo, oh casa de Israel, hacer con vosotros como hace este alfarero?”, declara el Señor. “He aquí, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En un momento puedo hablar contra una nación o contra un reino, para arrancarlo, derribarlo o destruirlo; pero si esa nación contra la cual he hablado se aparta de su maldad, yo me arrepentiré del mal que pensaba hacerle. O en otro momento puedo hablar contra una nación o contra un reino, para edificarlo o plantarlo; si hace lo malo ante mis ojos y no obedece mi voz, entonces me arrepentiré del bien con que había prometido bendecirla.

Romanos 9:14-24: «¿Qué diremos, pues? ¿Hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Porque él dice a Moisés: «A quien quiero, de él tengo misericordia, y a quien quiero, le compadezco». Así que no depende del hombre que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice al Faraón: “Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mis poder y para que sea proclamado mi nombre en toda la tierra”. Así que tiene misericordia de quien quiere, y endurece a quien quiere. Entonces me dirás: «¿Por qué se queja todavía? Porque ¿quién se opone a su voluntad?» Por el contrario, ¿quién eres tú, oh hombre, que respondes contra Dios? La obra moldeada no dirá al moldeador: «¿Por qué me hiciste así?» ¿O no tiene el alfarero derecho sobre la masa, para hacer de la misma masa un vaso para uso noble y otro para uso común? ¿Y si Dios, aunque queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para la destrucción? Y lo hizo para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia, que Él preparó de antemano para la gloria, es decir, a nosotros, a quienes también llamó, no solo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles».

Como se ha dicho al principio, aquí hay dos hechos. (1) Hay un Dios; (2) ¡Nosotros no somos Él! ¿Quiénes somos nosotros para discutir con Dios? Él nos creó y tiene derecho a hacer con nosotros lo que desee. Aunque no estés de acuerdo con Su decisión, no hay absolutamente nada que puedas hacer al respecto. Él posee todo el poder, ¡y nosotros no!

La humanidad puede querer juzgar a Dios, pero la realidad es todo lo contrario. Dios juzgará a toda la humanidad. Todos somos culpables según Su criterio y merecemos la muerte. Sin embargo, este Dios amoroso que exige justicia total también proporcionó una salida para todos los que la desean según Sus condiciones.

Romanos 3:23-24: «Porque todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados como un don por Su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús...».

Romanos 6:23: «Porque la paga de la injusticia es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor».

Ezequiel 33:11: «Diles: “¡Por mi vida!”, dice el Señor Dios, “que no me complace la muerte del malvado, sino que el malvado se aparte de su camino y viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis, casa de Israel?»

Aquí vemos que Dios ciertamente juzgará, porque es un Dios de justicia. Sin embargo, les suplica que se arrepientan, ¡para no verse obligado a hacerlo!

Juan 3:16-21: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que cree en él no es juzgado; el que no cree ya ha sido juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Y este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean expuestas. Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas como hechas en Dios».

Apocalipsis 20:11-15: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y se abrieron libros; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados, cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Este es el segundo muerte, el lago de fuego. Y si alguno no estaba inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego».

Las Escrituras declaran que Dios juzgará, pero nos proporcionó una vía de escape a través de Cristo Jesús. Obviamente, no podemos juzgar a Dios, ni hacer nada al respecto si lo hacemos.

Aun así, algunos se preguntan por qué Dios, a pesar de ser tan poderoso, no hace nada ante tanta injusticia. ¿Por qué permite que un niño pequeño sea brutalmente violado y asesinado? No podemos argumentar que Dios no permite cosas tan horribles porque, al mirar a nuestro alrededor, vemos que las ha permitido. *Sin embargo, la justicia tardía sigue siendo justicia*. La eternidad en el infierno es mucho peor que cualquier cosa que

podamos infligir a los condenados. Como se ha mencionado anteriormente, hay diferentes grados de castigo en el infierno.

El problema existe en primer lugar porque Dios nos dio libre albedrío. La humanidad siempre ha elegido pecar. Actuamos de manera contraria a la guía amorosa de nuestro creador: ¡nos rebelamos solo porque podemos! Cuando nos rebelamos contra Dios, siempre hay consecuencias. Se puede ser perdonado, sí, pero eso no significa que se haya escapado de todas las consecuencias.

Podemos elegir robar y luego pedir perdón. Incluso podemos recibir el perdón no solo del Señor, sino también de la persona a la que hemos robado. Aun así, puedes ser procesado y pasar tiempo en la cárcel; en algunas circunstancias, incluso si la persona a la que has perjudicado se niega a emprender acciones legales. El Estado puede seguir procesándote porque se ha infringido la ley.

Las ramificaciones de nuestro pecado van mucho más allá. Las decisiones de la humanidad han afectado a toda la creación (Romanos 8:19-22). La muerte de las plantas y los animales, las enfermedades y las dolencias son parte de las ramificaciones del pecado de la humanidad. Aún así, con nuestra forma de pensar retorcida, culpamos a Dios porque hay consecuencias por rebelarnos contra su amorosa bondad y su infinita sabiduría. Pensemos en un niño que huye de un hogar amoroso cuando no se sale con la suya, solo para encontrarse con el hambre, el frío y la desesperación. ¿Debería culpar a sus padres por estar ahora hambriento, hambriento y desesperado?

¿Quién de nosotros puede decir que no ha contribuido al problema rebelándose contra Dios de una forma u otra? ¿Quién de nosotros puede decir que nunca ha hecho daño a otra persona? ¿Debería la línea de juicio de Dios trazarse solo cuando no hemos sido tan malos como otros? ¿Estaría Dios actuando con justicia al hacer la vista gorda ante nuestro pecado y no ante el de otros? Que no haya lugar a dudas: ningún pecado quedará sin respuesta ante la justicia perfecta. La única forma en que cualquiera de nosotros puede sobrevivir es a través de la gracia y la misericordia de Dios proporcionadas a través de Jesucristo. El libre albedrío de la humanidad conduce al pecado y a sus consecuencias, lo que da lugar a constantes decisiones equivocadas. Somos extremadamente afortunados de que Dios esté dispuesto a retrasar Su juicio para que tengamos tiempo de arrepentirnos y acudir a Él en busca de perdón.

Él es un Dios amoroso y, por lo tanto, no nos obliga a nada. Nos permite rechazarlo aunque sabe que es una mala elección. Nosotros mismos experimentamos el amor de los demás y no podemos forzar ese amor. ¿Por qué deberíamos pensar que Dios se complacería con un grupo de robots que lo aman solo porque no tienen otra opción? Sería incorrecto que intentáramos forzar a alguien a que nos ame. Sería igualmente incorrecto que Dios nos obligara a amarlo. Lo amamos porque Él nos amó primero (1 Juan 4:19).

Algunos han citado erróneamente las Escrituras, diciendo que Dios es culpable de permitirnos pasar por dificultades que son más de lo que podemos soportar. Señalan a quien se suicidó diciendo que era obvio que había más de lo que esa persona podía soportar. Eso es un mal uso de lo que realmente dice ese pasaje:

1 Corintios 10:12-14: «Por tanto, el que piensa estar firme, tenga cuidado de caer. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común al hombre; y Dios es fiel, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que con la tentación también os dará la salida, para que podáis soportarla. Por lo tanto, amados míos, huid de la idolatría».

Este pasaje dice que Dios no permitirá una «tentación» tan grande que no puedas soportarla, sin proporcionar también una salida para escapar de la tentación de pecar. No es culpa de Dios que elijamos pecar en lugar de huir de ello. Dios no prometió que nunca encontraríamos dificultades extremas en nuestra vida, pero las Escrituras sí muestran que Él estará ahí para ayudarnos a superarlas.

Puede sonar extraño, pero A VECES EL SUFRIMIENTO TIENE UN PROPÓSITO BUENO

2 Corintios 7:10: «Porque la tristeza que es según la voluntad de Dios produce un arrepentimiento sin remordimiento, que lleva a la salvación; pero la tristeza del mundo produce muerte».

Este dolor piadoso dio lugar a la salvación. A menudo se escuchan testimonios de personas que están destrozadas y finalmente se vuelven al Señor. Así, obtienen la salvación y una eternidad en el futuro sin más lágrimas ni dolor.

2 Corintios 1:8-10: «Porque no queremos, hermanos, que ignoréis la tribulación que nos sobrevino en Asia, que fuimos abrumados en exceso, más allá de nuestras fuerzas, de modo que desesperamos incluso de la vida; de hecho, teníamos en nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos; quien nos libró de tan gran peligro de muerte, y nos librerá, Él en quien hemos puesto nuestra esperanza. Y aún nos librerá».

Esta desesperación les llevó a dejar de confiar en sus propias fuerzas y a confiar en Dios. Al confiar en Él en lugar de en nuestras propias fuerzas, estamos mucho mejor.

Santiago 1:2-4: «Considerad como un gran gozo, hermanos míos, cuando os encontréis con diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Y que la resistencia tenga su resultado perfecto, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada».

Aquí se nos dice que las pruebas producen resistencia, haciéndonos más completos. Recordemos la vieja frase que se utiliza a menudo para animarnos a hacer ejercicio: «¡Sin dolor no hay ganancia!». Pues bien, esta frase parece aplicable también en el ámbito espiritual.

2 Corintios 1:3-4: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios».

Aquí se nos dice lo que en el fondo ya sabemos: Podemos consolar más a los que sufren si saben que realmente los entendemos porque hemos pasado por lo mismo.

Romanos 8:28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, a los que son llamados conforme a su propósito».

Mencioné anteriormente que personas como Pablo podrían haber dicho fácilmente que la vida les había tratado mal. Sin embargo, a pesar de todo el sufrimiento y la injusticia que les fue infligida, mantuvieron una actitud de alabanza y adoración. ¿Por qué? Creo que es porque tenían una visión real de la naturaleza de Dios y del resultado de las cosas en la eternidad.

Dios tiene una visión de las cosas radicalmente diferente a la de la mayoría de la humanidad. Es en esta visión donde creo que podemos encontrar paz y consuelo durante nuestras dificultades. Está más allá de nuestras propias fuerzas y la perspectiva se centra en las cosas eternas en lugar de en la tormenta que nos rodea. Al igual que cuando Pedro caminó sobre el agua, él estaba bien hasta que se concentró en la tormenta en lugar de en el Señor. En el momento en que apartó los ojos del Señor y se concentró en la tormenta, se hundió (Mateo 14:24-33). ¿Recuerdas todas las cosas malas que le sucedieron al apóstol Pablo que leímos anteriormente en 2 Corintios 11:23-28? Considera lo que este mismo hombre dijo en los siguientes pasajes.

Romanos 8:16-18: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos con Él para que también seamos glorificados con Él. Porque considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que ha de ser revelada en nosotros».

2 Corintios 4:16-17: «Por lo tanto, no desmayamos, sino que aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, nuestro hombre interior se renueva de día en día. Porque la aflicción momentánea y ligera nos produce un peso eterno de gloria que sobrepasa en mucho toda comparación».

Filipenses 3:8: «Más que eso, considero que todo es pérdida en vista del valor incomparable de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las considero como basura para ganar a Cristo».

¡Espera un momento, Pablo! ¡Te lanzaron piedras hasta que creyeron que estabas muerto! ¡Te golpearon varias veces con un látigo! Te hicieron prisionero por decir la verdad. Naufragaste más de una vez. Una de esas veces pasaste veinticuatro horas flotando en el mar. Otra vez naufragaste y saliste recogiendo leña para ayudar a calentar a los supervivientes, solo para ser mordido por una serpiente venenosa. ¿A eso llamas «aflicción momentánea» que no tiene comparación con lo que te espera en la gloria? ¿Comparas tus pérdidas en tu antigua posición prestigiosa en el judaísmo como si no fueran más que basura en comparación?

¡GUAU! ¡Qué tipo de conocimiento debe tener este hombre sobre Dios y el cielo para hacer una declaración tan radical como esta! ¿Qué podría llevar a este antiguo no creyente y perseguidor de la iglesia a sentir esto? Considera lo que dijo Pablo en las siguientes cartas:

Gálatas 1:11-13: «Porque quiero que sepáis, hermanos, que el evangelio que me fue predicado no es según el hombre. Porque yo no lo recibí ni de ningún hombre, ni me fue enseñado, sino que lo recibí por revelación de Jesucristo. Porque ya habéis oído hablar de mi conducta en el judaísmo, cómo perseguía a la iglesia de Dios sin medida, y trataba de destruirla».

2 Corintios 12:2-10: «Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años —no sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe— fue arrebatado al tercer cielo. Y sé que tal hombre —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que al hombre no le es dado pronunciar. Por tal hombre me gloriaré, pero por mí mismo no me gloriaré, salvo en mis debilidades. Porque si me gloriara, no sería insensato, pues diría lo que es verdad; pero me abstengo para que nadie me estime más de lo que ve en mí o de lo que oye de mí. Y por la excelencia de las revelaciones, para que no me enalteciera, me fue dado un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás que me abofeteaba, para que no se enalteciera mi corazón. Tres veces le rogué al Señor que lo apartara de mí. Y Él me ha dicho: «Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad». Por lo tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por lo tanto, me complacen las debilidades, los insultos, las angustias, las persecuciones, las dificultades, por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».

Pablo tenía una visión que la mayoría no tiene. No fue enseñado por hombres, sino que recibió revelaciones del mismo Señor. Pudo ver por sí mismo lo que la gente solo se pregunta. Este mismo hombre sufrió mucho más de lo que la mayoría de nosotros sufrirá en toda nuestra vida. Su visión de todo esto es que no hay comparación con las pérdidas, el sufrimiento y las injusticias aquí en la tierra cuando se compara con lo que nos espera en la vida venidera.

No sé ustedes, pero a mí eso me reconforta mucho. Esa es una razón sólida para mantener la esperanza a pesar de la tormenta.

¡EL SEÑOR TIENE UNA FORMA EXTRAÑA DE VER LAS COSAS!

Marcos 12:41-44: «Y se sentó frente al tesoro, y comenzó a observar cómo la multitud echaba dinero en el tesoro; y muchos ricos echaban grandes sumas. Y vino una viuda pobre y echó dos monedas de cobre, que son un centavo. Y llamando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los que han contribuido al tesoro; porque todos ellos echaron de lo que les sobraba, pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo lo que tenía para vivir»».

Imaginemos que estamos presentes en la escena. Nos impresionan las grandes sumas de dinero, y al ver a alguien dar una cantidad tan pequeña como la mujer, podríamos pensar: «¿Para qué molestarse? Una cantidad tan pequeña no servirá de nada». Sin embargo, su ofrenda emocionó tanto a Jesús que llamó a sus discípulos para que se fijaran en ella y la alabó mucho. ¡Qué gran ofrenda!

Nosotros, que en el día del juicio queremos oír al Señor decir: «Bien hecho, sierva buena y fiel», haríamos bien en recordar que el Señor juzga las cosas de manera muy diferente al mundo que nos rodea. Si el Señor alabó tanto a esta viuda por encima de los líderes religiosos y los ricos que estaban allí en ese momento, ¿no crees que será coherente y le dará grandes alabanzas y recompensas en el cielo? En aquel momento, parece que esta pobre viuda se enfrentaba a importantes desventajas. ¡Sospecho que ahora no tiene ninguna desventaja! Las cartas que nos han tocado no influyen en nuestra capacidad de ser recompensados en el cielo.

¡Dios discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12)!

Mateo 26:7-13: «Una mujer se acercó a Él con un frasco de alabastro con un perfume muy costoso y lo derramó sobre Su cabeza mientras Él estaba recostado a la mesa. Pero los discípulos se indignaron al ver esto y dijeron: «¿Por qué este desperdicio? Este perfume podría haberse vendido a un alto precio y el dinero haberse dado a los pobres». Pero Jesús, dándose cuenta, les dijo: «¿Por qué molestáis a esta mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Cuando derramó este perfume sobre mi cuerpo, lo hizo para prepararme para la

sepultura. En verdad os digo que, dondequiera que se predique este evangelio en todo el mundo, también se contará lo que ha hecho esta mujer, en memoria de ella».

En esta escena vemos que los discípulos están molestos. ¡Qué desperdicio de dinero! Sin embargo, el Señor la alabó por el motivo de su corazón.

Lucas 6:35: «Pero amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bondadoso con los ingratos y los malvados».

¿Amar a vuestros enemigos? ¿Prestar sin esperar nada a cambio? Eso no encaja bien en nuestra cultura y en nuestro mundo empresarial. Sin embargo, el Señor nos dice que nuestra recompensa por ello será grande.

Mateo 10:41-42: «El que recibe a un profeta por ser profeta, recibe la recompensa de un profeta; y el que recibe a un justo por ser justo, recibe la recompensa de un justo. Y cualquiera que en nombre de un discípulo le dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría para beber, de cierto os digo que no perderá su recompensa».

Dar a un niño un vaso de agua fría puede parecer insignificante según nuestros criterios. Sin embargo, Jesús dice que tal acto no quedará sin recompensa. Pero recordemos que Él no quedó impresionado con aquellos que daban grandes sumas de dinero en el versículo mencionado anteriormente.

Díganme si el siguiente pasaje no suena exactamente lo contrario de lo que el mundo les dirá.

Lucas 6:20-26: «Y volviendo la mirada hacia sus discípulos, comenzó a decir: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados cuando los hombres os odian, os expulséis, os insultéis y rechacéis vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Alegraos en aquel día y saltad de gozo, porque he aquí, vuestra recompensa es grande en los cielos; pues así hacían sus padres con los profetas. Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre. Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lloraréis y gemiréis. Ay de vosotros, cuando todos los hombres digan de vosotros: «¡Qué buenos son!», porque así trataban a los falsos profetas.

Hebreos 10:32-36: «Pero recordad los días pasados, cuando, después de haber sido iluminados, soportasteis una gran lucha de sufrimientos, en parte siendo expuestos públicamente a insultos y tribulaciones, en parte siendo hechos partícipes de los que así eran tratados. Porque mostrasteis compasión hacia los presos y aceptasteis con alegría el despojo de vuestros bienes, sabiendo que tenéis para vosotros un mejor y más

permanente bien. Por tanto, no tiréis fuera vuestra confianza, la cual tiene gran recompensa».

Este pasaje no suena muy justo. Ellos experimentaron conflictos y sufrimientos, y sin embargo mostraron compasión por los presos. Luego les confiscaron sus bienes. Después hay una recompensa, pero el mundo no la conoce, porque ocurre en un reino que está más allá de su alcance.

La moraleja de todo esto es sencilla: no juzgues tu situación solo por lo que ves a tu alrededor, o por las habilidades o recursos que crees tener. ¡José fue vendido como esclavo por sus propios hermanos! Más tarde, José terminó supervisando toda la tierra. José les dijo a sus hermanos: «Vosotros pensasteis mal contra mí, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que hoy vemos: preservar la vida a mucha gente» (Génesis 50:20). ¡Lo que parecía una terrible injusticia, Dios lo cambió por completo!

Daniel también era un prisionero sin esperanza aparente para su futuro. Dios lo puso a cargo del reino bajo Nabucodonosor. Ester era una desconocida que se convirtió en reina y salvó al pueblo judío en su época. Amán, que intentó matar a Mardoqueo e incluso construyó la horca en la que colgarlo, acabó colgado en la horca que él mismo había construido (Libro de Ester). Jonás, que se rebeló contra Dios, seguramente pensó que no había más esperanza cuando fue tragado por el gran pez. Sin embargo, ese no fue el final para él. Cuando pensemos que es demasiado tarde, pensemos de nuevo. Cuando pensemos que no hay esperanza, pensemos de nuevo. Nada en nuestra vida actual se basa únicamente en nuestras circunstancias o habilidades, cuando servimos a un Dios que no tiene límites. Lo que al principio puede parecer una gran desventaja o un sufrimiento injusto, puede conducir a bendiciones y consuelo más allá de tu imaginación en la vida venidera.

Lo que vemos como una injusticia hacia nosotros mismos o una ventaja injusta para los demás, no terminará necesariamente en lo que vemos en esta vida. El resultado puede tener lugar en esta vida o en la vida venidera. Pero no te equivoques: Dios no se deja engañar por ingeniosos encubrimientos. Él juzgará y recompensará según los pensamientos y las intenciones reales de nuestro corazón. Todos somos culpables, pero podemos ser declarados justos a través de Jesucristo. Las recompensas de los cristianos dependen de lo que hagan con lo que Dios les ha dado. Las personas que poseen mayor riqueza o recursos en esta vida serán sometidas a un mayor nivel de responsabilidad en la vida venidera. No hay personas desfavorecidas cuando se trata del reino de la justicia y la recompensa de Dios.

Dios también parece ser coherente en elevar a los humildes. Jesús buscó a los más improbables para ser sus amigos y utilizarlos para difundir el Evangelio. Muchos de los

líderes religiosos que eran admirados y respetados fueron los que Jesús reprendió duramente. Cuando Jesús nació, el anuncio se hizo a los pastores, no a los reyes. Aquellos a quienes la sociedad ha rechazado son los que Jesús eligió para estar con ellos. Jesús alabó a los que parecían «don nadie» o «rechazados», y a menudo reprendió a aquellos a quienes los demás admiraban. En la época de Jesús, el testimonio de una mujer no tenía ningún valor en un tribunal. Sin embargo, Él se apareció primero a las mujeres cuando resucitó de entre los muertos. Jesús es tanto Dios como el juez final. ¡Él ve las cosas de manera diferente a nuestra sociedad!

Juan 5:22: «Porque ni siquiera el Padre juzga a nadie, sino que ha entregado todo el juicio al Hijo...».

Isaías 55:8-9: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice el Señor. Como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos».

Proverbios 3:5-8: «Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus sendas. No seas sabio en tu propia opinión; teme al Señor y apártate del mal. Será medicina para tu cuerpo y refresco para tus huesos.

Me gustaría compartir con ustedes una breve historia. Había un niño pequeño que era pobre. Su ropa estaba limpia, pero estaba raída y gastada. Fue a una fiesta de Navidad donde había muchos niños ricos que iban bien vestidos, tenían dinero en los bolsillos y parecían estar divirtiéndose mucho. Llegó el momento de que todos abrieran los regalos. El niño observaba con los ojos muy abiertos y la boca abierta mientras todos los niños bien vestidos abrían un regalo enorme tras otro. Cada regalo estaba envuelto en papel brillante y decorado con enormes lazos. El niño estaba asombrado por los enormes regalos que recibían los otros niños: veleros, coches y camiones. Si se te ocurre algo, allí estaba.

¡Por fin llegó el momento de que el niño recibiera sus regalos! ¡No podía esperar! Le entregaron un pequeño paquete envuelto en papel marrón sin adornos. Se quedó allí de pie, incrédulo y muy decepcionado, mientras miraba todos los maravillosos regalos que habían recibido los demás. No se atrevía ni a abrir el regalo debido a su decepción.

Entonces oí a Dios que me decía que abriera la caja. Mientras miraba todos los demás regalos maravillosos, seguía sin querer abrir la caja. Dios repitió: «¡Abre la caja!». Finalmente, rompí el envoltorio marrón y levanté la tapa de la pequeña caja raída y, para mi sorpresa, ¡DIOS estaba dentro de la caja! ¡Me había dado a sí mismo! Entonces me di cuenta de que los demás no tenían nada y yo lo tenía todo.

No, no soy un niño pequeño, pero el Señor utilizó esta ilustración para mostrarme lo rico que soy. Cuando escribí esto, me juzgaba según los estándares del mundo: ¡un completo fracaso! ¡Un perdedor! He trabajado toda mi vida sin nada que mostrar a cambio. Sin grandes logros y con muchos remordimientos.

Sin embargo, tengo algo que muchos nunca tendrán ni comprenderán. A pesar de todo, soy bendecido. Me acuerdo de la oración del Soldado Desconocido. No recuerdo exactamente cómo dice, pero termina así:

«No obtuve nada de lo que pedí, pero recibí más de lo que esperaba.
¡De todos los hombres, yo soy el más bendecido!».